

Y con esta buena impresión ella se volvió al almacén de granos y él á la tienda.

El abuelo, los padres, el señor Forment, la señora del principal y Pepeta le estaban esperando en el entresuelo.

Llegó hecho una lástima.

Le hacían preguntas, y nada. Corría buscando una silla y se sentó gimiendo.

— ¿Pero qué tienes? ¿Te ha salido mal? — le preguntaban todos á un tiempo.

— ¡Las botas! Me hacen daño las botas.

— ¡Sí que hacen sufrir unas botas estrechas! — dijo el señor Ramón.

— Bien: ¿pero ella qué te parece? ¿Cómo es? ¿Te ha gustado? — dijo el señor Esteban.

— Ella — dijo él respirando, después de haberse descalzado — la encuentro delgada, pero graciosa.

¡Graciosa! Eso de graciosa, en boca de Estebanillo, era toda una declaración.

Nunca se había atrevido á tanto.

Indudablemente serían felices.

XI

El idilio de Estebanillo.

Estebanillo aquella noche, en cuanto se metió en la cama, pensó que el paso que había dado era muy serio, y que convenía no dormirse en seguida y reflexionarlo un poco. Además tenía que declararse. Siempre había oído decir que los que se tienen que casar se declaran, y él no quería ser menos, sino hacer las cosas como deben hacerse. Así es que pensó una declaración, y otra, y otra, y como no encontraba ninguna perfecta, lo dejó para el día siguiente, y se quedó dormido. Había tardado en dormirse un cuarto de hora más que todos los días.

Á la mañana siguiente hizo lo de siempre: abrió, despachó, comió, y cuando le pareció que ya era hora se volvió á poner aquel traje negro y se fué á casa de las Marías. Eso sí, se puso las botas viejas.

Para poderse declarar bien no quería estar cohibido.

Tomasita ya le estaba esperando, y al entrar y dar-

le las buenas tardes ya se las dió con más franqueza; la miró más de frente, no le pareció tan flaca y hasta se atrevió á decirle que era bonita, y ella se atrevió también á contestar que «muchas gracias», á lo cual replicó él «no hay de qué».

Las tres Marías en comandita habían pensado una cosa. Ya que hacía buena tarde y estaban todos juntos, y tenían que hablar de cosas alegres, en vez de pasar la tarde entre aquellas paredes, podían salir un rato é ir al «Jardín del General», que era un jardín que parecía hecho á propósito para decirse cosas al oído, los que tuviesen que decírselas; porque ellas ¡ay! con lo del hábito, ya no tenían nada que decir en este valle de lágrimas.

La idea pareció buena, y ellas tres en medio y uno á cada lado se fueron al jardín.

Al Jardín del General se entraba por una puerta de hierro, y ya antes de pasar la puerta, el verdor, el rumor del agua y un fuerte aroma de jazmines confortaban el espíritu y le daban un baño de dulzura. Dentro, pasaron por un caminito cubierto de grava y sembrado de conchitas blancas, con perfiles de boj recortado que encerraban macizos de flores. Á los lados crecían los troncos y por encima pendían las ramas, y así bajo una bóveda de verdor, íntima, misteriosa y florida, fué pasando la pareja seguida de las tres Marías.

Las Marías habían dejado ir delante á los dos enamorados para que se dijese lo suyo, y cuando Estebanillo se vió solo con ella creyó llegado el momento

de decir algo por sencillo y prudente que fuese; pero no encontró nada que decir. Si hubiese estado detrás del mostrador, allí sí que tenía toda una serie de conversaciones para elegir: el mostrador era como una tribuna que le desataba la lengua, pero hablar bajo frondas, como no había aprendido nunca, no sabía.

Al cabo de un ratito de andar por sobre la alfombra de oro que habían hecho las hojas muertas se le ocurrió una idea, y dijo:

— Parece que ya se caen las hojas.

— Se caen todos los años — contestó ella, y siguieron andando.

Realmente se habían caído muchas. Se habían caído á brazados, á enjambres, á lluvia. Todas las de aquel jardín y todas las del paseo de San Juan se habían reunido allí como buscando aquel cementerio que no estaba pisoteado por los carros, donde se hablaba á media voz, y donde los enamorados suspiraban. Las había amarillas, moradas, verdosas que no habían acabado de morir, color de ámbar, color de fuego, color de nubes á la puesta del sol; las había extendidas en tierra, como manos abiertas en la arena, acurrucadas bajo los bojes, encogidas, temblorosas, débiles en lo alto de las ramas que se desprendían despidiéndose y caían silenciosamente, y el camino estaba tan lleno de ellas, que crujían bajo los pies de las Marías y de los novios.

Estebanillo, volviendo á las hojas, que ya le habían sacado del apuro una vez, dijo, separando algunas con el pie:

— ¡Qué jardín tan mal cuidado!

— Se ve que lo cuidan hombres — dijo ella.

— ¿Le gustaría á usted tener un jardín? — insinuó él atreviéndose.

— Un jardín, no — respondió ella —. Me gustaría tener una torre con verduras y árboles frutales y estanque y fuente y muchas gallinas.

— Pues con el tiempo la tendrá usted — dijo él, y le pareció que había dicho tanto, que se puso encarnado como una peonía.

Ella le miró: siguieron y llegaron á una glorieta donde había una sombra encantada. Arriba, los cipreses recortados hacían una nave de capilla, de donde salían flores azules entre la negrura de las ramas. En torno, recostados sobre el ramaje, había unos bancos de mármol esmaltados de manchas verdosas y de claridades de sol, y en medio de una fuentecita redonda, como una taza de musgo, surtía un chorrito de agua delgado, irisado como un cristal, que cantaba al caer en la taza una canción de alegría que el agua, alejándose y haciendo ondas, iba á repetir á los lirios que había sobre el pretil.

— ¿Nos sentamos en este banco? — insinuó Estebanillo, conmovido acaso, á pesar de todo, por aquella canción del agua.

— Está muy fúnebre aquí — dijo ella, que no estaba para canciones —. Vamos más allá que hay patos y les podremos echar un pedazo de pan. Yo siempre que vengo aquí traigo un panecillo para ellos.

Siguieron su parecer y su camino, y cuando llega-

ron junto á un estanque encontraron además de los patos una fuente y un tenducho de madera donde vendían agua y anises. Estebanillo compró dos cucuruchos de los mejores, que le costaron dos cuartos, y obsequió á las señoras.

Al dárselos á Tomasita tuvo intención de ponerle un anís en los labios, pero le pareció demasiado atrevimiento para un novio interino que todavía no se había declarado, y, cambiando de intención, echó el anís á un pato.

El pato miró al grano de anís con un ojo, torció el pescuezo y no le quiso.

— No son golosos los patos — saltó Tomasita.

— ¿Y usted es golosa, Tomasita? — dijo él con tono cariñoso.

— No me han criado para serlo — dijo ella —. En casa, *escudella* y carne del puchero.

— Lo mismo que comemos nosotros — respondió Estebanillo.

— Y nosotras — dijeron las Marías.

— Y lo que comeremos cuando estemos casados — estuvo á punto de escapársele al prudente Estebanillo, pero le pareció que eso sería declararse fuera de regla y que la ocasión no era buena: primero, porque las tres Marías aprestaban tres pares de oídos y él quería hablar á solas, y después, porque amor con pato le pareció que no rimaba bien.

Pero el caso es que no podía esperar más. Empezaba á caer la tarde, pronto se tendría que despedir y no había más remedio que hablar. Si no hablaba,

además de haber perdido el tiempo, el abuelo le diría que era un bolo, y tendría razón para decírselo. Así es que ¡fuera escrúpulos! En llegando á aquel rincón de árboles que se veía en el fondo del jardín, le diría lo que hacía al caso, que para eso había venido, y si no se lo decía no cumplía con su deber. Tiraron el medio panecillo al agua; volvieron á seguir por el camino de los bojés, y llegaron bajo los árboles donde había de decirle lo que hacía al caso.

Y aquel lugar no podía ser más propio para decir «lo que hacía al caso». Sombra, frescura, rumor de agua que corre, pájaros que vienen á recogerse pian-do entre las ramas, aroma de flores y de hierba húmeda, luz misteriosa entrando por los árboles de las últimas centellas del sol que se ponía; hasta un Cupido arropado en hiedra; hasta un banco; hasta enredaderas que hacían toldo al banco, y hasta un sauce mojando el ramaje sobre un surtidor de perlas. Si allí no decía «lo que hacía al caso», es que no había nacido poeta.

Por lo que se ve, sí que había nacido poeta, porque apenas habían llegado al banco tomó la palabra y dijo:

— Oiga usted, Tomasita: usted y yo tenemos que hablar, y ya sabe usted de lo que tenemos que hablar.

— Diga usted — contestó ella bajando los ojos.

— Tenemos que hablar y hablaremos, pero no nos lo diremos todo en un día, porque tiempo tendremos de sobra más adelante para conversación — dijo él.

— Eso creo yo — respondió ella.

Aquel «eso creo yo» era tan claro, que casi no necesitaba decir más. Todo lo demás era retórica. Pero sea el influjo del sitio, ó el calorcillo de estar junto á ella, ó que estuviese enamorado, ello es que quiso fantasear y siguió diciendo con más ó menos poesía:

— Yo, ya sabe usted que soy comerciante. No creo que pueda decir nadie que he faltado nunca á mi obligación. Si alguien lo ha dicho no ha dicho la verdad.

ELLA. — No se lo he oído decir á nadie.

ÉL. — Ni yo tampoco; pero era un decir. Yo me he criado en el negocio y le tengo ley al negocio. Primero es el negocio que todo para el que quiere fundar una familia ¿No le parece á usted, Tomasita?

ELLA. — Soy del mismo parecer que usted.

ÉL. — Pues como íbamos diciendo, mañana ú otro día que yo me case, como no tendré más que el negocio, me portaré bien con el negocio y me portaré bien con la mujer, á la que querré tanto como al negocio... Yo no tengo experiencia, pero tampoco tengo mala cabeza.

ELLA. — No.

ÉL. — Y no se fie usted, Tomasita, de los jóvenes demasiado prudentes y que no la hayan corrido. Yo la he corrido, pero con medida, como debe correr quien quiere correr bien. Seré un casado con medida, un padre de familia con medida, y todo lo mío será con medida.

ELLA. — ¿Quiere usted que le diga una cosa?

ÉL. — Diga usted.

ELLA. — Que el modo de pensar de usted es tan del mismo modo como yo pienso, que cuando habla usted hablo yo. Me habían dado buenos informes, y veo que no me habían engañado. La mujer que se case con usted vivirá en un baño maría.

ÉL. — Pues... cuando usted quiera nos podemos ir. Ya he dicho lo que no me atrevía á decirle, y no necesitamos hablar más.

— Vámonos — dijo ella levantándose y lanzándole una mirada que quería decir muchas cosas.

— Vámonos — dijo él, devolviéndole también en la mirada todo lo que no le había dicho.

— ¡Marchaos por el amor de Dios! — habría exclamado el pobre Cupido si no hubiese sido de mármol.

Y eso que aquel pobre Cupido ya estaba acostumbrado á escuchar conversaciones como aquélla en aquel rincón tan hermoso, frecuentado por gentes tan prácticas.

La noche entraba poco á poco, y con la entrada de la noche vibraban las ramas de los árboles para quitarse las hojas muertas y hacer sitio á los pájaros, que llegaban por todos lados, mientras uno á uno ó dos á dos iban saliendo del jardín los Estebanillos.

Cupido se quedaba con los pájaros, y no se podía quejar del cambio.

— ¿Qué tal? — dijeron las Marías cuando se quedaron con Estebanillo—. ¿Qué tal? ¿Te has declarado ya?

— He dicho lo que hacía al caso. Todo lo que falta por decir, ya se lo dirá mi abuelo al padre de ella.

— Dices muy bien — respondieron las Marías—. Los que estáis enamorados no podéis tratar de intereses; el amor es ciego.

XII

Donde el lector que siga leyendo verá cómo llevaron á casar á Estebanillo, cómo dió el sí, cómo le bendijeron, cómo comieron, y cómo entró en el santo matrimonio.

Realmente, el señor Esteban, en connivencia con el viudo comerciante en granos, acabó de decidir todos los detalles que faltaban para que los muchachos tomasen el estado que es estado natural del hombre.

Estebanillo tendría su capital libre en la Sociedad de «La Puntual»; la niña traería los cinco mil duros, que entrarían en la casa. Venderían mercería al por mayor; ensancharían la tienda, alquilando la tienda de al lado, donde viviría la pareja, abriendo una serie de puertas medianeras por las que se podría pasar de la tienda vieja á la sucursal, de la sucursal á casa de los recién casados, de casa de los jóvenes á casa de los padres, y de la de los padres á la tienda, dando las vueltas que cada uno tuviese ánimo de dar, ó quedándose cada uno en su casa si no tenían humor vagabundo.

La boda se celebraría dentro de un mes. Desde el

momento en que estaban de acuerdo, las cosas que hay que hacer, hacerlas. El comerciante en granos no quería entorpecimientos. También era hombre práctico. Se harían de prisa la ropa, y no se harían demasiada, porque si la novia estaba delgada, había decidido engordar, y el día en que estuviese gruesa como corresponde á una casada, habría necesidad de ensanchar las camisas y poner nesgas á las enaguas. El muchacho se haría un chaquet negro del mejor paño que hubiese, porque una prenda así, cuando es buena, no sólo sirve para tomar estado, sino que es prenda para toda la vida. Una vez casados irían á hacer una buena comida: no más que seis platos, pero substanciosos; después los meterían en el tren, y que fuesen á Monserrat á pasar dos ó tres días con sus noches correspondientes, y después... después que fuesen felices; que si congeniaban, y se tenían los miramientos y las consideraciones debidos, y si no tiraban de la cuerda, y el negocio iba adelante, y Dios les daba hijos con «algodón» y apetito natural, y avenencia en las ideas, seguramente lo serían por muchos años.

Así, ya todo arreglado, pusieron la tela en el telar. Vengan amonestaciones, y á casarse en cuanto estén bien amonestados.

El cura ya estaba avisado. Haría una boda sencilla, pero en la que no faltase requisito. Los convidados ya estaban elegidos. Los de siempre por parte del novio, y por parte de la novia, toda gente de posición y buenos informes, y de firma acreditada en

la plaza comercial. Los testigos ya estaban á punto: el señor Esteban y el comerciante en granos buscaron cuatro que no fuesen unos pelagatos; cuatro hombres de peso, cuatro personas escogidas, de esas que llenan una casa y da gusto verlas en la iglesia. Por parte de Estebanillo, el señor Forment y un concejal amigo del señor Esteban; y por parte de Tomasita, un gran comerciante de cereales, de los que hacen subir el trigo cuando compran, y un veterano de verdad, liberal en todo menos en hacer gasto, que llevaba un retrato de Riego dentro de un medallón, y como que tenía un uniforme con sable, morrión y charreteras que se le apollaba si no se le ponía, le llevaba á los actos oficiales cuando los actos eran honrosos para las insignias que ostentaba.

En cuanto á Estebanillo, estaba tan fresco y sosegado, que parecía que no era él quien se tenía que casar. Atareado con las obras, no tenía tiempo de pensar en el paso que le esperaba. Cuando hay que hacer en una casa, el hombre que es como debe ser no tiene tiempo de entusiasmarse con matrimonios y tonterías, que el trabajo es una obligación y el casarse una devoción, y primero es una cosa que otra. El abuelo le había dicho, y tenía razón para decirlo: «Estebanillo, que la escritura matrimonial no te haga perder letras. Piensa en lo que vas á hacer, pero piensa también en lo que estás haciendo. La mujer la tienes segura y la clientela es caprichosa.» Y él, que ya por naturaleza no era dado á emocionarse, esperaba el día

señalado sin un estremecimiento en la sangre y con los nervios ni excitados ni decaídos.

Además, que no había motivo de calentarse la cabeza lo más mínimo por ir á dar ese paso que todos tenemos que dar. Se casaba á gusto, ¡qué demonio!; le casaban á gusto de todos juntos, ella estaba conforme; los padres, de derecha é izquierda, conformes también; á él más bien le gustaba la novia; de modo que ¿por qué preocuparse? Ya sería otra cosa si hubiese sido un matrimonio de pasión, de esos en que los sentidos se exaltan y se va uno á casar como quien va á un asalto; pero si un casamiento calculado, como se había calculado el suyo, con todas las medidas tomadas, con todas las sumas sacadas, con los libros claros y conformes, y el Haber y el Debe nivelados, salía mal, era para perder la fe en el santo nudo, en los padrinos, en los testigos y en la epístola.

No; podía estar sereno, y lo estaba, porque había motivos para estarlo. Podía dormir tranquilo, y dormía, porque no sabía dormir de otro modo. Podía tener fe en el porvenir, y la tenía, porque el porvenir la tenía en él. Todo estaba previsto, meditado, medido, vareado; podía irse á casar sin que le temblase el pulso, y con la sonrisa en los labios; y podía mirar á la gente con toda la tranquilidad de quien no hace mal y mal no piensa... y así iría llegando la hora.

Y no tardó en llegar. Había pasado un mes, más de prisa y más volando que cuando hay que pagar facturas. Se habían acabado las obras, y el sastre

había traído la ropa, cuando una noche, ¡oh noche solemne!, mientras estaba echando rayas en las hojas del *Inventario*, llegó el señor Esteban y le dijo:

— Muchacho, creo que te acordarás de que mañana es el día señalado en que se ha de cumplir la sentencia. Esta es la última noche que duermes solo, y como sabes que tengo la costumbre de guiarte y aconsejarte, te quiero hacer cuatro reflexiones. Mañana, cuando te hayan echado la bendición, ya te darán consejos; pero te los darán en latín, y los consejos en latín, consejos perdidos. Yo te los daré en catalán, y así nos entenderemos los dos. Mañana entrará una mujer, que será tu mujer, en las interioridades de la casa, y como esto de la mujer es cosa para toda la vida, te quiero dar consejos de duración. Escucha, pues, y ve apuntando. Á la que ha de ser tu esposa, trátala siempre con miramientos, pero haz en todo lo que á ti te parezca. Escucha también con miramientos la mitad de lo que te diga, escogiendo bien entre lo mucho que te irá diciendo, porque por muy mujeres que las mujeres sean, á veces aciertan en lo que dicen. Ten tú la llave de la caja y déjala tener á ella la de la despensa. Cuidate tú mismo de comprar y enséñale á ella á vender, que de comprar ya saben ellas bastante, y á vender siempre hay que enseñarles. Manda, manda siempre. Si tienes razón, manda con buenos modos, y si no la tienes, á voces, porque así parecerá que la tienes. Y para acabar este sermón, te daré el último consejo. Piensa siempre que eres más fuerte que ella, y lo que no haga por

buenas, con todos los miramientos que te he dicho al empezar..., la ayudas á hacerlo por malas; ahora ya lo sabes. Mañana á casarte.

Al día siguiente, como los demás días, Estebanillo abrió las puertas, despachó y se estuvo detrás del mostrador; y hasta que vinieron los convidados no se fué á poner el traje de paño.

La señora del principal, la señora Pepa, el señor Forment, el señor Ramón, la señora Rosita, su madre, los concejales y las tres Marías, comandita, llegaron todos tan atildados, tan pulidos y con tanta ropa buena, que cuando estuvieron en el entresuelo se notó un aroma de alcanfor que si no fuera porque no las usaban, cualquiera hubiese creído que habían espolvoreado con él las alfombras.

Llegó el faetón, y tenía un color tan deslucido, tan tenue y tan pasado, que á no ser porque ya debía no ser de este mundo, bien se hubiera podido creer que era el mismo faetón del bautizo, con los mismos caballos, el mismo cochero, la misma librea, y hasta el mismo clavel en la oreja; y subiendo en él toda la comitiva, y subiendo á otro coche Estebanillo y los testigos, arrancaron hacia San Cugat, pasando por aquel laberinto de carros que son gozo del barrio.

Al llegar á la iglesia, bajaron como pudieron á la pobre señora Pepa; entraron en la sacristía, y después de un cuarto de hora de espera, vieron llegar á los del bando contrario: el comerciante en granos, el de los cereales, el veterano, dos comerciantes más, dos amigas y un niño; llegaron tan atildados, tan ves-

tidos de negro, tan alcanforados, tan pulidos y tan rectos como los del ramo de mercería; pero traían á la novia delante, con un ramo de azahar en la frente, como una bandera blanca.

Estebanillo en cuanto la vió le fué á estrechar la mano, como se acostumbra en estos casos; pero como ella llevaba guantes y él llevaba las manos desnudas y le sudaban un poco, tuvo miedo de ensuciárselos y no le apretó más que la punta de los dedos.

Entró el cura... y á casarse.

Le puso el anillo, y ella le tomó.

Preguntaron á Estebanillo si la quería por mujer, todo lo que se dice para casar, y él respondió con un sí propio de él y propio del caso. Un sí ni muy bajo ni muy alto, un sí bemol, un medio sí; un sí que para tanto como tenía que durar, tenía poca resistencia.

Le preguntaron lo mismo á ella, y el sí de ella ya fué un poco más claro. Se veía claramente que tenía más gana de decirlo, porque después de haberlo dicho dió un suspiro que significaba: «Me ha costado echarlo fuera, pero ya está.»

¡Ya estaban casados! ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea el señor Esteban!; Dios, por haberlo consentido, y el señor Esteban, por haberlo practicado. Nadie lloró, como se llora en estos casos, y es que no había por qué llorar. Si la pobre señora Pepa dejó escapar algún gemido, es que ya estaba acostumbrada á gemir, pero todo el mundo estaba contento, hasta Estebanillo, que era el recién casado. «No son éstos momentos de enternecerse — había dicho el señor Es-

teban—. Las lágrimas se deben guardar para cuando llega un revés de fortuna, y hoy no ha sucedido ningún revés. Aquí se han unido dos personas, se han unido dos casas de crédito; de modo que venga la misa, que nunca está demás oirla, y en acabando, á la fonda.»

La oyeron, subieron en el faetón los de una y otra banda sin reparar en diferencias, y en un coche forrado de blanco subieron los novios solos.

Por el camino, Estebanillo cogió la mano de la que ya era su mujer, y ella se la dejó coger; después le cogió las dos, y á ella le pareció que tal vez era demasiado, y no le dejó más que una; después le subió un beso á los labios, que le hubiese dado allí mismo si no hubiese tenido miedo de descomponerla, y entre si se le doy ó no se le doy, llegaron á la fonda.

La fonda estaba en la calle de Moncada, en una casa señorial. Una fonda amplia, grandiosa, decorativa y desmantelada, que había sido mansión de nobles, y que después de la caída se había prendido á ella el comercio como hiedra de nueva especie. En el patio, sobre el escudo, un escudo con dos leones y dos águilas, estaba la placa de los seguros y un anuncio de alpargatas; en la escalera, una amplia escalera medioeval, habían cubierto las piedras con carteles de revalenta, de vinos, de quesos y de pastillas; y el pórtico, de talla gótica, le habían tapado con un rótulo que decía: «FONDA DEL COMERCIO», con letras que no eran góticas; eran de muestrario.

La comitiva entró en el gran salón, un salón con artesonado, cuadros de época y muebles de Viena, y encontraron la mesa preparada, con un derroche de loza, de vasos y de cubiertos que bien se veía que la cosa iba en serio. Sentóse á presidir la mesa, como decano de todos, el señor Esteban en persona, rodeado de los hombres importantes; el suegro, el de los cereales, el concejal, el veterano, es decir, el comercio, la política y la milicia pasiva, y desdoblaron las servilletas. Más al centro, el ramo de mujeres y suegras que necesitaban mucho sitio, y que no sólo desdoblaron las servilletas, sino que se las ataron al cuello, y al último extremo de la mesa, en un rincón ignorado é íntimo, colocaron á los novios, lejos del mundo y lejos del bullicio, para que pudieran quererse á solas en los entreactos de plato á plato.

Llegó el arroz triunfalmente. Todos se sirvieron y todos callaron, y no se oyó más rumor mientras hubo arroz en la mesa que el ruido de los tenedores y el gemir de la señora Pepa, que comía y se quejaba.

Tomasita y Estebanillo, aunque estaban conmovidos, comían como los demás; pero Estebanillo de cuando en cuando decía una fineza á la novia para que se viese que le gustaba.

— Ten cuidado de no tragarte una espina — le decía cariñosamente —. El congrio tiene muchas espinas.

— Ya lo sé — contestaba ella, dejando la espina á un lado.

— Bebe un poco para que te vaya pasando el arroz.

— Gracias, Estebanillo.

— Si quieres este pedacito de alón, te le daré. No le he tocado.

Y por si le había tocado ó no, se repartieron el alón, y amorosamente se lo comieron, ella el pellejo y él los huesos, mientras entraba humeando una fuente de fricandó que daba gusto verla.

Aquel fricandó se discutió. Las tres Marías explicaban cómo ha de ser el fricandó para que sea fricandó; ha de tener muy pocas setas y un poco de laurel. La señora Pepa aseguraba que no hay que echar setas cuando la ternera es ternera de verdad; la señora Rosita sostenía que todos los extremos son malos, y que abusar de las setas es echar á perder la salsa; la señora del principal daba la razón á unas y á otras, y los hombres no decían nada, porque no valía la pena discutir cuestiones tan nimias; pero lo que todos combatieron, hombres, mujeres y hasta el chiquillo, fué la cuestión del laurel; allí no querían laurel ni en el fricandó ni en nada del mundo; el laurel es un engaño, es una planta que exaltaba, es una hoja sin vergüenza, con mucho aroma y poco alimento. Sólo se debiera vender en la botica para los que padezcan de histérico.

Bebieron, y llegó la liebre, y como ninguno era cazador, no hicieron comentarios, pero se la comieron toda.

Volvió á beber todo el mundo, menos Estebanillo, que era aficionado al agua, y Tomasita que no lo era, pero que se había acostumbrado á beberla, y traje-

ron un plato de verdura, que todos miraron con desprecio. De eso ya comían en casa.

Un poco más de bebida y compareció el asado, y de aquello sí que comieron. Comieron tanto como de la liebre.

Después otro asado, y más bebida, y postres, y vuelta á beber, y entonces empezó el momento de la expansión, el momento ese del entusiasmo en que los corazones se exaltan, y las palabras menudean como lluvia, y cada uno abraza á su vecina, y el alma del vino se sube á la cabeza, y todo se desborda: elocuencia, amor, poesía y desenfreno.

Menos Estebanillo y Tomasita, que como no habían bebido no podían desbordar de elocuencia, aquello fué un derroche de discusión y de palabras escogidas.

— Diganme ustedes, hombres exaltados, si dejamos subir el maíz, ¿á cuánto subirán las gallinas? — decía el suegro de Estebanillo.

— Y si suben los consumos y se encarecen las aves, ¿cómo vamos á comer gallina? — decía el concejal con gran aplomo.

— Y el ramo de algodón, ¿no hay que tenerlo en cuenta? ¿No paga una madeja lo mismo que un conejo ó que un cajón de pasas? — argüía el señor Ramón.

— Madeja ó carrete — contestaba el concejal —, todo ha de sujetarse á los aranceles, y los aranceles, señores, son la balanza económica que gradúa las industrias, y crea y hace prosperar otras nuevas. Sin

aranceles, muere la mercería, sus adherentes, sus adheridos y todo el comercio de Ribera.

Estebanillo y Tomasita, que estaban embobados ante aquel derroche de elocuencia, de allí en adelante fueron partidarios de los aranceles.

— Yo estoy por la libertad — exclamó entonces el veterano.

— ¿Por la libertad de aranceles? — saltó el concejal.

— ¡Por todas! Yo soy liberal y llevo las insignias de la libertad y estoy por la libertad — respondió el veterano cívico, haciendo temblar las charreteras.

— ¡Alto!, ¡alto! — dijo el señor Esteban, que estaba esperando á hablar el último para hacer un discurso de resumen —. ¡Alto!, digo; ¡alto!, y seamos prácticos. La única libertad y los únicos derechos arancelarios que nos convienen á todos nosotros, es que el pan no se encarezca y que suba la «mercería», y aprovecho este momento tan serio, tan hondo, tan conforme y tan oportuno para pedir al Todopoderoso esto: que la mercería vaya en alza, que si ella prospera, prosperarán los novios, y aunque yo no lo he de ver, tendré satisfacción cumplida en que la «Puntual» perdure.

Todos lloraban.

Las lágrimas le dieron aliento, y continuó sentimental:

— Sí; yo ya soy viejo, y aquí estamos muchos que lo somos...

Los hombres indicaron con la cabeza que estaban

conformes; pero las mujeres, como si no le oyesen.

— ¡Soy viejo! Me acerco al vencimiento, y siempre he pensado una cosa: que de viejo no puedo pasar; pero que, economizando la vida, se tiene vida más años, y que el todo es la economía. Estebanillo y Tomasita: economía en el gastar, en la salud, en el fiar, en el hacer favores y hasta en el recibirlos por no tenerlos que agradecer, y seréis lo que debéis ser: un matrimonio económico. Y ahora que ya he dicho lo mío, economía en el hablar, y vámonos despacio, que los muchachos tienen que ir á Monserrat á pedir á nuestra Virgen que les dé lo que les convenga; y lo que les conviene ya lo sabemos todos: prosperidad, buenas compras, buenas ventas y buena clientela.

Las mujeres ya no lloraban, porque estaban discutiendo el precio de una mantilla.

Los hombres aprobaron.

— Vámonos — volvió á decir el señor Esteban.

— En marcha — dijo el veterano.

— Cuando quieras, á Monserrat — dijo Estebanillo á su costilla.

Pero su costilla, Tomasita, que ya hacía rato que estaba callada y no podía gozar el fuego de la controversia, se quedó amarilla y la tuvieron que dar á oler vinagre.

Figúrense ustedes el trastorno de la comitiva.

— ¡Corred! — decía uno.

— ¡Desabrochad! — decía otro.

— Que la desabroche Estebanillo, que es á quien le corresponde.

— Eso debe haber sido la emoción.

— Ó la liebre. La liebre sienta mal en días como éstos.

Cada uno decía lo suyo; y es el caso que fuese la liebre, fuese el sí ó fuese lo que quisiera, estando de aquel modo hubiera sido una imprudencia ir á Monserrat.

Estaba escrito en el «Inventario» que el pobre Estebanillo no había de tener fiesta completa en la vida. Desde allí se fueron á casa, unos á pie y otros en coche.

Toda la tarde y el anochecer la novia tuvo mareos, y le dieron tantas tomas de manzanilla y flor de malva y flores cordiales y cortezas de árbol, que había para hacer reventar á dos regimientos de novias.

Por fin, á la noche se sintió bien, y se fueron á la habitación nupcial.

En la sala, ella se disculpó de haberle dado tan mal rato en día tan señalado y de que no pudiesen hacer el viaje.

— Otra vez será — dijo él —; bien mirado, era un gasto inútil.

Y para atenuar el mal efecto de la crudeza de la frase, le dijo la única flor que había echado en su vida:

— Estando contigo, todo es Monserrat.

— Pues oye — dijo ella —; ya que economizamos

el viaje, podíamos hacer una cosa : todo lo que hemos ahorrado echarlo en una hucha.

— ¡Eres la mujer que buscaba! — le dijo él con entusiasmo.

Y mientras contaban los cuartos para echarlos en la hucha (¡oh Cupido, aprieta la venda y tápate mejor los ojos!), él le dió el primer beso.

La cama de matrimonio les esperaba. Metieron el dinero en el armario, y apagaron la vela.

Á la mañana siguiente las compradoras ya no le llamaron Estebanillo : le llamaron Esteban.

ESTEBAN